

EDUCACIÓN POSITIVA (1)

IDEAS SOBRE ENSEÑANZA PRIMARIA

En el dominio imparcial de la crítica científica, el mayor número de pensadores ilustres están de acuerdo en que la vida activa debe ser interpretada como una adaptación o acomodación continua del ser a los medios naturales, físico, social y moral.

La función práctica, instrumental y natural de la razón, es poner de acuerdo el pensamiento con la realidad .

La realidad se manifiesta a nuestro espíritu como experiencia interna o externa, que no indican, al decir de Wundt, (2) dos diversos puntos de vista que usamos en el conocimiento y en la exposición científica de la experiencia en sí única.

Toda experiencia se divide inmediatamente en dos factores: *en un contenido* que se nos da, y en nuestro *conocimiento* de este contenido.

Todas las ciencias del espíritu tienen por contenido la experiencia inmediata, cual se halla determinada por las acciones recíprocas de los objetos y de los sujetos cognoscentes y operantes. De ahí que las ciencias del espíritu no se sirvan de las abstracciones y de los conceptos hipotéticos, subsidiarios de la ciencia de la naturaleza; pero las representaciones objetivas y los movi-

(1) N. de la D.—Este trabajo fué escrito por su autor a solicitud del malogrado ex-Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales Dr. Juan C. Pitt, para ser leído en acto público.

(2) Wundt, Psicología.

mientos subjetivos concomitantes tienen para ella el valor de una realidad inmediata y procuran explicar las partes especiales que constituyen esta realidad mediante su recíproca conexión. Este procedimiento de interpretación psicológica, propio de las ciencias particulares del espíritu, debe ser también el procedimiento de la misma Psicología, porque ella también lo requiere por su mismo objeto, esto es, la inmediata realidad de la experiencia. (1) Considerada la Psicología como la ciencia natural del espíritu, la Pedagogía, como ciencia auxiliar de aquella, no debe tener más fin que poner en ejercicio las funciones activas de la psiquis, para observar si la evolución de las mismas, en el individuo, se realiza de acuerdo con las leyes de la Psicología.

Esta función de la Pedagogía sólo ha de integrarse lógicamente, cuando sus procedimientos adquieran un carácter eminentemente práctico, positivo y experimental.

¿Cómo se han de realizar estos propósitos de la ciencia de la enseñanza? Esto es lo que me propongo demostrar; no sé si conseguiré mi objeto, pero las cosas hay que hacerlas, mal, pero hacerlas, dicen los filósofos del pragmatismo.

“El deber consiste en ser útil, no como se desea, sino como se puede. El deber, ha dicho Amiel, (2) tiene la virtud de hacernos sentir la realidad del mundo positivo, aún desligándonos de él. Seamos veraces: he ahí el secreto de la elocuencia y de la virtud; constituye la autoridad moral y es la máxima más elevada del arte y de la vida”.

Mi presente trabajo es un modesto ensayo sobre el más vasto problema que preocupa hoy día al pensamiento humano: las cuestiones educacionales.

Sabios y críticos eminentes, como Spencer, De Roberty, Ardigó y otros, se han ocupado de la ciencia de la educación después de haber hecho la síntesis de sus doctrinas filosóficas. Esto nos

(1) Wundt, *Psicología*.

(2) Amiel, *Diario íntimo*.

demuestra que la obra de investigar las leyes científicas sobre las que debe basarse la enseñanza, es la más difícil y compleja en el dominio de la ciencia — y la misma razón servirá para establecer el criterio con que debe juzgarse esta conferencia de mera vulgarización científica.

La necesidad de conciliar lo útil con lo agradable, me pone en el caso de no sujetarme a un plan exclusivamente didáctico y técnico en mi exposición. Así, pues, no extrañéis, si, desde luego, no soy rigurosamente analítico y sistemático.

En cualquier momento que nuestra atención se ocupa en saber lo que debemos ser, es necesario que nuestro pensamiento sea dirigido en su razonamiento por la más rigurosa disciplina mental. Toda crítica científica debe fundarse en la realidad de los hechos lógicamente coordinados.

“Por la observación y análisis, dice Ingenieros, (1) el espíritu humano va despojándose de las irrealidades de esa filosofía llena de una hueca retórica. Hoy ya no es posible filosofar como en los tiempos de Cousin, a puro espíritu y en plena ignorancia”.

“La realidad se manifiesta al conocimiento humano bajo tres aspectos fundamentales: lo que existe, lo que vive y lo que piensa.

“Estos aspectos fundamentales sobre los cuales puede especular el pensamiento del hombre han preocupado en todos los tiempos a los metafísicos y a los filósofos, extendiendo su imaginación más allá de los límites estrechos de su experiencia.

“Mediante la experiencia continuamente implicada por la adaptación al medio, se adquiere el conocimiento de la realidad”.

No hay otra forma del conocimiento científico, porque, como dice Delvile Burns, la intuición bergsoniana separada del razonamiento fundado en la experiencia, no es más que la absoluta ignorancia del hecho, sin que de ella se pueda sacar ningún razonamiento. (2).

(1) Ingenieros, *Psicología Genética*.

(2) C. Delvile Burns, *The North American Review*.

“El conocimiento adquirido por la especie es siempre relativo y limitado. Es relativo a la estructura imperfecta de nuestros instrumentos de experimentación (naturales y artificiales, los sentidos y las diversas técnicas); está limitado a la parte de realidad que puede modificar el equilibrio energético de estos instrumentos. En todos los tiempos, los hombres que por su desenvolvimiento psíquico individual han querido explicar los aspectos fundamentales de la realidad, se han visto obligados a suplir con la imaginación los datos de la experiencia.

“Esa manera hipotética de colmar las lagunas del conocimiento experimental constituye la *Metafísica*, cuyo objeto es la explicación de lo que se ignora; en cambio, las ciencias se limitan a exponer lo que sabemos mediante la experiencia.

“La limitación forzosa del saber humano, ha determinado, durante siglos, el predominio de la *Metafísica* sobre la experiencia en los estudios filosóficos. Por eso los clásicos sistemas de Filosofía han sido interpretaciones metafísicas de lo que existe, de lo que vive y de lo que piensa. Pero la experiencia humana, en el último siglo, ha ensanchado sus horizontes en proporciones que antes nadie había osado presumir.

“Los diversos aspectos de la realidad han sido estudiados siguiendo métodos y usando instrumentos que han centuplicado la eficacia del conocimiento experimental; así se han constituido ciencias generales y particulares que dilatan el área de lo conocido y restringen los dominios de la *Metafísica*. La Antigua Filosofía, que los tratadistas dividieron en Psicología, Moral, Estética, Lógica y *Metafísica*, ha sido invadida por el naturalismo. Las cuatro primeras tienden a convertirse en *ciencias naturales*, bajo la hegemonía visible de la Psicología, reintegrada a su vez en los dominios de la Biología. La *Metafísica*, en cambio, tiende a representar un aspecto común de todo el conocimiento humano, en cuanto él recurre a la imaginación intuitiva para exceder los límites de la experiencia.

“El factor decisivo de esta transmutación general de la Fi-

losa ha sido la *teoría de la evolución*. Vagamente intuída por pensadores de todos los tiempos, ha sido explícitamente formulada en el siglo XIX, adquiriendo contornos precisos que permitieron aplicarla a todas las manifestaciones fenoménicas de la realidad conocida.

“El desarrollo de la cultura científica ha sido incesante desde que se formuló la doctrina de la evolución: la comprensión global del universo, y la especial de sus partes, se ha simplificado mucho. Todas las ciencias son naturales y se relacionan entre sí, conservando una jerarquía que depende de la amplitud de su dominio espiritual. El campo de la intuición metafísica se ha definido y limitado: los problemas más filosóficos pueden abordarse en nuestros días, partiendo de una experiencia cada vez mayor”. (1).

La ciencia de la educación no puede quedar fuera del vasto campo de la investigación de la realidad, siendo la vida, como hemos dicho, una acomodación continua del ser a los medios naturales. Este principio general de la Biología, interpretado por medio de sus leyes accesorias que forma la cadena del método evolucionista, será el que domine en el presente trabajo.

Vulgarizar la ciencia, es descomponer sus leyes más generales en reglas más simples y concretas, para ponerlas al alcance de todos los criterios. A eso tiende la enseñanza por *la extensión*, como se llama a esta forma de transmitir conocimientos.

Este procedimiento de divulgación social de la ciencia, es una de las funciones de la didáctica moderna.

Considero un deber, no sólo percatarse de su necesidad, sino también el de colaborar en el sentido de su mayor desarrollo.

Es necesario que nuestra vida en su función más noble, la del pensamiento, se expanda con un poco de luminosidad hacia el corazón y el alma de los que necesitan realizar la fórmula de su cultura individual.

Así iremos despejando las sombras de nuestro común destino, hasta aproximarnos a las formas de la total integración del alma colectiva.

(1) Ingenieros, loc. cit.

No es en la aplicación de los métodos, ni en la uniformidad de los procedimientos que exige la vida mecánica y rudimentaria del reglamento, donde ha de iniciarse la solidaridad de nuestra acción social y educativa, sino en la estrecha vinculación de anhelos comunes, que converjan al punto en que todos nuestros esfuerzos deben converger, hacia la unidad de propósitos que nos lleven a crear la escuela de la democracia, la escuela de la vida, la escuela natural, la escuela esencialmente humana, experimental y de observación.

La sociedad necesita rehacer la escuela, regenerándola por la ciencia, sin destruir la base de su doctrina moral.

Nada debe destruirse sin reemplazarse, ha dicho el genial maestro del positivismo, Augusto Comte.

En la investigación de los hechos científicos, el conocimiento individual no puede, ni debe prescindir del colectivo, que constituye la experiencia tradicional, de cuyo fondo surge, sin duda alguna, toda condición de progreso.

El pensamiento y las ideas modernas deben ir parcialmente libertando la acción del docente, hasta hacerlo adquirir una cierta altivez en el ejercicio de su función, fundada no en la vanidad de las paradojas científicas, que deslumbran y desequilibran el espíritu, sino en la conciencia verdadera de su delicada función social y en la exacta noción de su capacidad creadora.

“Así iremos aliviando el peso de la rutina que siglos de prejuicios echan sobre todas las conciencias, hasta quitar, poco a poco, las barreras más duras, acumuladas, precisamente, en el dintel de la vida, en la escuela del niño, como si se quisiera matar por atrofia, o por inacción, la naturaleza de los que nacen”. (1)

Nuestra enseñanza no tiene aún en la teoría y en la práctica el fundamento de una doctrina metódica y científica.

En la práctica, la enseñanza es todavía un procedimiento homicida que no logran salvar muchos de los maestros a quienes

(1) Manuel Ugarte, *Enfermedades Sociales*.

puede considerarse como verdaderos apóstoles de la educación. Esa lucha entre las viejas ideas y las nuevas, inhibe la acción inteligente y libre de los maestros bien intencionados, y la victoria de la inteligencia contra la rutina sólo se gana con el estudio.

Es, pues, necesario salvar los obstáculos que impiden el desarrollo normal de la naturaleza humana, capaz de constituirse por sí misma en fuerza eficiente de trabajo, secundada por la inteligencia que plasma y caracteriza la aptitud para luchar y vencer.

La enseñanza actual, en vez de ser un campo abierto de experimentación, dice un publicista nuestro, un campo de observación; en vez de dar la libertad que ofrecemos sin hacerla sentir; en vez de dar la personalidad suscitada y sugerida para plasmarla en el molde de los caracteres superiores; en vez de dar la luz por los que están, a los que vienen, forma un embudo estrechísimo en la juventud, que se va ensanchando a medida que el hombre elimina los prejuicios escolares y solo tiene fin y permite evolucionar en plena vida, cuando el joven, habiendo destruido cuanto aprendió, si es que se puede llamar aprender lo que solo se hace retener y repetir, sin asimilarlo al contenido natural del espíritu, se reacumula una educación nueva que le ayuda a descubrir al fin su personalidad, ahogada bajo las fórmulas de los *dómines*, enseñadores disciplinados policíacamente para obligar a la juventud solo a apreciar verdades preconcebidas. Así se va impresionando el cerebro de los niños, en los cuales solo se hace entrar por la fuerza de una disciplina absurda, afirmaciones tercas que van anulando, como cosa perjudicial, todo cuanto hay en ellos de verdaderamente superior y digno.

Nuestra infancia vive en las escuelas como encerrada en un cubil, al decir de Guerra Junqueiro. La enseñanza actual, dice Binet, posee su teoría y su doctrina, pero tal doctrina es vaga y puramente literaria, consistiendo en una reunión de frases huecas, que es imposible criticar, tan flotante es su pensamiento, que no resulta bastante preciso para ser falso.

Del concepto teórico de esa doctrina, los maestros forman el suyo respecto a un tipo ideal de niño, al cual todos se asemejan más o menos, y desconocen así todas las diferencias que existen, no solamente en los caracteres, sus maneras de sentir, sino también entre sus maneras de pensar y sus aptitudes intelectuales.

Hay que enseñar a 40 y a veces hasta 60 alumnos en una sola clase y en el momento en que propongan la enseñanza sobre esa multitud infantil, fijan su atención sobre el valor de la enseñanza en sí misma, considerada *in abstracto*, en lo absoluto, y no sobre las cualidades de receptividad de los niños, sobre sus caracteres y sus aptitudes y sobre la necesidad de adaptarse a sus exigencias y a sus capacidades.

Los resultados de esta enseñanza, tan separada de la observación científica, son, que en vez de desarrollar la naturaleza de los niños según su capacidad específica, se va formando en ellos un estado de *psicosis*, que no es propiamente una senestesia física y moral, sino un estado anormal que va sedimentando en el alma de los niños, los odios epáticos, las fobias individuales y sociales, el escepticismo en las creencias y la falta de fuerza moral para afirmar su conducta en algo más superior que la pura satisfacción de sus tendencias anormalmente desviadas.

“Con nuestros sistemas actuales de enseñanza sólo se consigue multiplicar reproducciones de viejas preocupaciones; no se educa, solo se copia, porque nada tiende a hacer posible la germinación de almas nuevas, de cerebros autónomos, que partiendo de la base de lo adquirido se lancen a audaces investigaciones; que utilicen el pensamiento como instrumento apropiado a las situaciones sociales y prácticas, como el mejor modo de resolver los problemas de adaptación y objetividad, haciendo que todo saber tenga para ellos una inmediata aplicación”.

La escuela de hoy, con la imprecisa vaguedad de sus teorías y la falta del concepto científico en su doctrina, ignora que la síntesis natural o psíquica de la personalidad humana, se compone de un elemento *fundamental y otro adventicio*; que el primero es

hereditario, constituido por todos los elementos compuestos adquiridos por la herencia, junto con las condiciones orgánicas individuales y hereditarias, y el otro es el que se agrega al primero en el curso de la vida, que le da su estampa clara y definitiva, que modifica, y puede modificar, en parte, el elemento hereditario y fundamental.

Nacemos a la vida intelectual, dice un sociólogo argentino, ceñidos por un pasado que desde luego nos es imposible sacudir, pero que esteriliza nuestros ímpetus, obligándonos a gastar las mejores energías en una tarea homicida de deseducación.

La escuela de hoy tiene que convertirse en un instrumento de organización social, fundado en los procesos científicos de esa organización, para que pueda servir como un medio de transmisión de las adquisiciones del progreso social. La aptitud para la vida en sociedad, no se mide solamente por el valor físico, sino por el valor mental y moral.

Así, como dice Mark Baldwin, los criterios de la aptitud para la vida social, son sacados de los valores mentales, que la escuela debe contribuir a formar: juicio, prudencia y sabiduría en la acción, poder de persuasión, y sumisión consciente a las tradiciones y al ambiente social.

El concepto del ser social es el de un individuo más o menos socializado, apto para entrar en relaciones sociales fecundas con sus semejantes. Es menester que la escuela trate de hacer del niño un instrumento social, dueño de sí mismo y preparado para la acción, cualquiera que sea la parte que él deba tener en la vida colectiva. Todas las instituciones sociales, no sólo las pedagógicas, deben tender a hacer de cada miembro social un elemento solidario bien constituido y conforme a los resultados de la experiencia científica, individual y colectiva.

“Los procedimientos actuales de nuestra educación son más bien propios para aplicarlos a los intelectuales invertebrados. Para los vertebrados conscientes resultan una barrera y una prisión, que, en vez de favorecer el desarrollo individual de las facultades

comunes, las deforma sometiéndolas a un molde único que casi siempre está en contradicción con las tendencias personales”.

Es que la escuela, hasta ahora, se encuentra fuera de las investigaciones positivas relativas al proceso psíquico-biológico del desenvolvimiento de la naturaleza humana.

Olvidamos el principio universal de la relación constante entre la evolución mental y la evolución orgánica.

Olvidamos que la inteligencia es correlativa de la plasticidad nerviosa y que su evolución depende, a la vez, de la del cerebro y de los nervios.

La Biología y la Psicología, unidas en una generación perfecta, darán el contenido exacto del principio de la correlación de la plasticidad nerviosa con la educabilidad del espíritu y de los sentidos.

A medida que nos elevamos en la escala de los mamíferos, notamos que nuestras actividades instintivas decrecen y aumenta nuestra plasticidad, nuestra capacidad mental y educativa. Es que en sus fines y en sus medios, la adaptación inteligente triunfa sobre la naturaleza.

La vida en su impulso primitivo, dice Bergson, al obrar sobre la materia, la organiza y le da formas, secundada por las causas externas que el evolucionismo biológico llama adaptación al medio.

La conciencia, como la forma más superior de la vida, es, para Bergson, un impulso vital que explicaría las funciones activas de esta última.

Así, en el vegetal, la conciencia habría caído en un adormecimiento que explicaría la aptitud de éste para fabricar directamente su sustancia, con sus sustancias minerales, lo cual le dispensa de la necesidad de moverse, y así, de la de sentir, a diferencia de los animales, que obligados a buscar su alimento, han evolucionado en el sentido de la actividad, y, por consiguiente, de una conciencia cada vez mayor. Adormecimiento o *torpeur*, instinto, e inteligencia, no son, piensa Bergson, estados o grados

sucesivos de una misma tendencia en desarrollo, sino direcciones divergentes de una actividad que se ha dividido.

La primera ha resuelto el problema de las relaciones con el mundo exterior, por la pasividad; en cuando al *instinto y la inteligencia*, lo ha resuelto activamente, pero de dos maneras diferentes: para satisfacer una necesidad, la inteligencia se sirve de la materia inerte exterior, con la cual *fabrica instrumentos*; en tanto que el instinto *crea un órgano* en la materia del mismo ser viviente.

Prácticamente, esta última solución, la creación del *instrumento organizado*, resuelve perfectamente la adaptación del ser, sin tanteos, ensayos, ni errores, pero incapacitándolo para cambios ulteriores. La solución de la inteligencia, fabricación de instrumentos inorganizados, tiene los inconvenientes y ventajas opuestos.

En el hombre, la evolución progresiva se hace con la ayuda y en el sentido de una adaptación consciente.

El problema de la instrucción general tiene que resolverse por las leyes de la Biología y de la Psicología y el de la educabilidad, o sea de la aptitud para aprovechar de la experiencia, se encuentra en todas las series de las formas orgánicas con sorprendente concordancia.

Es un hecho probado, dice Mark Baldwin, que desde la simple modificación de la manera de ser y de obrar en el infusorio, hasta la educación compleja del niño, toda instrucción se hace por un proceso de descargas nerviosas debidas al exceso de energía.

En el proceso de adaptación, dice Fouillée, las condiciones dominan al animal, a diferencia de que el hombre domina las condiciones. Según Delvolve, la función biológica de la conciencia es la de hacer que el individuo se adapte, pero que se adapte con conocimiento, conscientemente y progresando.

La escuela de hoy, no es más que una empresa de deformación moral, y lo seguirá siendo mientras ella se funde en una teoría y en una doctrina puramente ideal y abstracta..

La estructura externa de la enseñanza salva discreta y simuladamente las exigencias del momento, pero su organización interna carece de toda fuerza intrínseca que vitalice e higienice el ejercicio de la instrucción.

Además, apartada la escuela de toda doctrina moral educativa, llevamos al niño a la libertad por el camino del miedo y de la opresión.

La educación actual se distribuye en dosis iguales y uniformes, ajustando a un tipo único todas las aptitudes y todos los caracteres, favoreciendo así todas las rebeliones del futuro, "porque ahogar una afirmación no significa favorecer el nacimiento de otra, sino llenar de odio la negación nacida con la muerte de la primera". Necesitamos organizar la escuela sobre las disciplinas de la ciencia, no de una sola ciencia, sino de un orden jerárquico de todo el saber humano.

Si la convergencia de nuestros esfuerzos debe ser uniforme y sistemática, debemos aprovechar de todas las luces que los sistemas filosóficos y las doctrinas científicas aporten al conocimiento de las leyes de la vida y de su evolución.

Así, fundaremos la etología sistemática y natural de lo que constituye la trama íntima de la personalidad humana.

La transmutación de la Pedagogía *empírica* a la Pedagogía experimental y científica es una labor compleja, pero no por eso deben desanimarse los espíritus activos y fuertes.

Debemos ir, paso a paso, trasmutando las formas viejas por las nuevas, lógica y naturalmente, con la misma experiencia y la sabiduría con que obra la Naturaleza.

Es así como iremos desterrando, dice un celebrado maestro, los obstáculos que los errores tradicionales, acumulan en el dintel de las vidas, engañándolas con la imagen desmoralizadora de una humanidad inferior y mediocre, hecha de egoísmos que manipulan equivalencias, soñando con el éxito sin esfuerzo ni sacrificios, dejando sin aplicación ese resorte innato del placer interno.

"Vale más deformar, si es necesario reconstruir, que repe-

tir. Vale más destruir para hacer, que copiar. La operación de crear es propia de la inteligencia, el mal no debe preocuparnos porque siempre lo hemos de dejar a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace ante la ciencia que lo ilumina, y este advenimiento sublime se verifica en las profundidades mismas de nuestro ser.

“Es preciso que el niño y el hombre se miren y digan: somos una herramienta. Teniendo en nuestras almas el sentimiento familiar del trabajo, admiremos la hermosura del mundo.

“Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero; nuestros esfuerzos son siempre sagrados por más humildes que sean; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas.

“Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra.

“Vivimos por nuestros frutos, el único crimen es la esterilidad.

“Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se indentifica con el esfuerzo universal. Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad. Somos hermanos de todo lo que existe, hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos.

“Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nuestra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa; nunca caeremos en el enigma sin fondo, porque el hombre es esencialmente religioso, y, donde se apaga la luz de la ciencia, se enciende la de la fe que es la intuición de Dios”.

La escuela debe darnos la luz de la vida, no debe alejar de

ella a los que de por sí vendrían a ella si se les supiera interesar y retener, despertando un lógico escalonamiento de curiosidades, científicas y morales.

Para lograr estos fines es necesario cambiar de medios, basando la enseñanza en el organismo de la ciencia como instrumento natural de economía mental para maestros y alumnos.

Es necesario alivianar la escuela del peso de una disciplina *policíaca* e ir introduciendo en ella la conciencia del gobierno propio, la idea de la responsabilidad personal.

“Muchos de los que me oirán hoy, recordarán quizá sus primeras desilusiones sufridas en la escuela. Salieron del regazo caliente de la familia con el alma sana, generosa y leal, con una alma que se abría a la vida como una promesa ideal de todo lo humanamente digno y dignificante y el primer dolor hondo, la primera adivinación de la vida la tuvieron en la escuela.

“El castigo, como dice un sabio maestro, cuando lo recibieron en la escuela o en el colegio por una transgresión propia, les indicó el camino de las represalias; cuando fué, como ocurre a menudo por una culpa ajena, les reveló el horror de la injusticia.

“Premiados a veces en forma casual, desmoralizados por la impunidad de los hábiles, desanimados por un programa que no respondía a sus inquietudes y tendencias naturales, acabaron por considerar la escuela, primero con desgano, después con hostilidad, y con odio al fin. Antes de conocerla, solicitaban entrar en ella; cuando la vieron por dentro solo pensaron en buscar ardidés para evitarla resbalando así inconscientemente y a pesar de las voces internas, hacia la disimulación y la hipocresía”.

De este modo, entre la acción del docente sin personalidad moral, sin responsabilidad, sin libertad, sin preparación, sin iniciativa, sin entusiasmo, cohibido por la disciplina del reglamento, por el mínimun y el máximun de la dosis ya caratulada, de la cantidad y cualidad de la instrucción, y la actitud pasiva y simplemente receptora del alumno, se plasma el niño de hoy y el ciudadano de mañana.

Nos preocupamos más en la seducción y la gracia exterior, que en la resultante de esa fuerza creadora de la personalidad humana, el carácter — síntesis organizada de las tendencias que obran concertadamente en las más altas funciones de la vida intelectual y moral.

La escuela experimental y de observación, debe fundarse en una doctrina moral educativa y en una doctrina científica, sistemática y constructiva.

Nunca debe ser materia de preocupación la aplicación de los procedimientos para poner en actividad los principios de aquellas, porque la ciencia organizada contiene en sí misma su método natural.

La lógica positiva, dice Augusto Comte, fluye naturalmente de la ciencia que la contiene.

Ninguna doctrina del conocimiento se constituye como tal, si su proceso de constitución sistemático y sintético no ha recorrido el proceso del análisis y de la síntesis.

Toda enseñanza es una síntesis en demostración; por eso, dice Ardigó que nadie puede enseñar bien si no es un generalizador.

Este proceso de constitución de la ciencia, es el mismo que siguen en su evolución psicológica las facultades mentales, marchando de lo indistinto a lo distinto, de lo simple a lo compuesto, de lo concreto a lo abstracto, hasta que el espíritu se encuentra en condiciones de la formación de conceptos generales o nombres que implican síntesis.

Es así como se obtiene el concepto general de la relación del hombre con el ambiente universal que le rodea.

La escuela, que, al instruir y educar, ayuda a formarse un concepto general de la vida, es la escuela integral. Con ella hemos de suprimir el estado actual de anarquía y de desorientación de la escuela de hoy, porque al poder orgánico de la ciencia no ha de resistir el verbalismo de la paradoja fantástica y simuladora.

Se empieza a comprender en nuestros días la insuficiencia social de la escuela contemporánea, dice Elslander. A medida que se afirma una concepción más alta y verdadera de la educación, no sólo se reconoce que su organización debe ser enteramente renovada, puesto que hasta ahora no se trataba para ella más que de instruir bien o mal a los niños, sino que se prevé que llegará a ser uno de los órganos esenciales del cuerpo social, aquel en el cual se realizarán todas las funciones — que son de adaptación de los individuos, sea a los medios existentes, sea a las influencias que tiendan a transformarlos.

De aquí la necesidad de dar fundamentos verdaderamente científicos a la escuela, lo que significa colocarla en condiciones de que su acción marche paralela al desenvolvimiento de la ciencia, acentuando a la vez su carácter educativo, y llevándola, desde allí, a la enseñanza secundaria, a la profesional y a la superior porque, como dice el docto Giner de los Ríos, toda enseñanza, aún la más alta y compleja, debe reproducir, cada cual a su modo, el tipo fundamental de la escuela primaria bien organizada. Fundada la escuela en una doctrina científica, es hacerla, a la vez que llene sus fines educativos, un instrumento de investigación de los fenómenos de la vida según una ley general de causación universal.

La doctrina de la evolución, tomando esta palabra en un sentido puramente práctico, es decir, considerados sus principios como disciplinas científicas, o como procedimientos de interpretación de las leyes de la vida, tiene que ser el fundamento del método sistemático de una educación esencialmente natural y positiva.

La evolución, con sus leyes de adaptación, de selección, de variación, etc., y la de concepción de la vida como un proceso de adaptación del organismo al medio circundante, forman el eje central de la Biología y de la Psicología.

El evolucionismo, como método, es una interpretación de la sociedad humana, según los términos de la causación natural. Es-

ta ley, dice el doctor Posada, se resiste a ver la humanidad fuera del proceso universal y sin una ley propia, que trata de dársela la Sociología, explicando el desenvolvimiento, estructura y actividad de las sociedades, por la acción de las causas físicas, vitales y psíquicas, que obran concertadamente en un proceso de evolución.

El contraste fundamental en la evolución, dice Simón Patten, en su "Teoría de las fuerzas sociales", es el del ambiente y del organismo. El ambiente está constituido por un conjunto de condiciones a las cuales debe adaptarse el organismo. Estas condiciones son, comparadas con el organismo, permanentes y no mudables en su forma fundamental.

El organismo es movable y de corta vida.

Si ha de producirse una adaptación entre el ambiente y el organismo, éste es el que ha de cambiar. Entre los dos factores de la evolución tenemos, pues, una conexión causal. Las causas están en el ambiente, los efectos en el organismo.

Los hechos de la evolución sólo pueden ser estudiados deductivamente comenzando por el ambiente e indicando las influencias de sus condiciones en el organismo que trata de adaptarse. Sin embargo, los estudios inductivos han de empezar por los hechos concernientes al organismo y en ellos ha de tratar el estudioso de descubrir las condiciones del ambiente que han determinado su evolución. Si la evolución es estudiada a través de sus efectos en el organismo, el estudio entra evidentemente en el campo de la Biología, pero si buscamos las causas de la evolución en el ambiente, es igualmente claro que el estudio pertenece al dominio de la Economía, la ciencia de la utilidad y de los bienes.

El ambiente de un organismo no es todo el mundo objetivo, sino solamente aquellas partes que miran al bienestar del primero. Los objetos que circundan todo organismo pueden dividirse en tres partes: los que son causa de placer o de bienestar y, por consiguiente, deseables; los que son causa de dolor o de destrucción y por ello evitables; y, finalmente, todos los objetos indife-

rentes que no son de ninguna importancia para el organismo.

Mejor dicho, hay tres clases de ambientes, el físico-orgánico, el económico y el moral, cuyo concepto biológico es el siguiente: Todo organismo, dice Sergi, vive en un ambiente, es decir, vive en un lugar, en un clima, en el aire, en el agua, en una temperatura, elementos todos variables, y que son todos ellos indispensables para la vida del ser vivo. El ambiente es el conjunto de fuerzas de la naturaleza física, que obran con su propia energía sobre los órganos y sobre las funciones de los seres vivos; y en esta su acción, aquellos pueden ser perniciosos por exceso o diferencia. Un organismo no podrá conservarse sino defendiéndose del exceso o de la deficiencia de la acción de estas fuerzas físicas; y para defenderse le es necesario advertir los efectos útiles o perjudiciales de los mismos.

Más aún; los organismos viven en medio de otros semejantes a ellos o diversos, que son favorables o adversos, según las necesidades de cada uno. Los animales viven nutriéndose de plantas o de otros animales o de unos y otros; el hombre se cuenta entre los omnívoros. Se sabe que los animales acechan su presa para devorarla, como los cazadores. Si los animales no tienen medios, órganos o funciones para defenderse de las acechanzas y ataques de los enemigos, sucumben en gran número. Así como hemos llamado ambiente físico el que está constituido por fuerza física, llamaremos orgánico el ambiente constituido por animales y plantas en medio de los cuales vive y debe vivir cada ser existente.

El ambiente económico y el ambiente moral lo entresacamos, intuitivamente, observando la vida en sociedad y los hechos sociales.

En efecto, dice el eminente Hostos, todos tenemos a la vista, según el lugar en que vivimos, el espectáculo de una vida distinta de la de cada uno de nosotros, que está, sin embargo, tan íntimamente relacionada con la vida nuestra, que tenemos la seguridad de que si esa vida nos faltara, nosotros no podríamos seguir viviendo.

Esa dependencia del individuo, representado por cada uno de nosotros, en la sociedad, representada por el conjunto de todos nosotros, es un hecho que a todos nos consta por evidencia inmediata y por el conocimiento tradicional que tenemos de que en todas las naciones sucede y ha sucedido siempre lo mismo. Hay, pues, hechos que nos constan y que se refieren a la existencia del individuo y de la sociedad, a la coexistencia del individuo y de la sociedad, a la dependencia mutua de individuo y sociedad, a la representación de esos hechos en todas partes y en todo tiempo como una cosa normal y natural.

Si se trata de indagar quien es el individuo humano, inmediatamente vemos que, siendo, como es, un todo, de tal modo es una parte del todo social en que aparece funcionando, que no se concibe que él pueda vivir sin el todo, como no se concibe que el todo pueda subsistir sin él.

En la vida de este todo, como en la vida de esta parte, vemos exactamente las mismas necesidades vitales, relacionadas con las mismas satisfacciones necesarias; la misma alegría cuando hay satisfacción de necesidades; la misma tristeza cuando las necesidades no han sido satisfechas; los mismos esfuerzos, la misma angustia, la misma desolación, cuando no pueden satisfacerse las necesidades naturales.

Si tomamos las necesidades de la vida como medio de indagación, pronto vemos que en el individuo como en la sociedad, y en la sociedad como en el individuo, la vida no está limitada a necesidades de carácter exclusivamente material. Al contrario, lo mismo que en el individuo, sentimos y observamos en todas las sociedades y grupos sociales, una porción de hechos distintos de los que producen la vida física.

Así los esfuerzos para establecer el orden, fundándolo en la promulgación y cumplimiento de la ley, hacen de esta un agente de carácter moral, que todos los días se vigoriza, a medida que las costumbres fundadas en derecho se arraigan en la sociedad.

Asimismo, las costumbres que resultan de nuestro conocimien-

to y acatamiento de deberes domésticos, políticos y sociales, son obra también de un agente moral, que actúa tan poderosamente sobre nuestra voluntad, como actúa sobre nuestro estómago la necesidad de satisfacer nuestro hambre. De igual modo, sin que al principio nos demos cuenta de la fuerza a que obedecemos, todo nuestro empeño de individuos en sociedad, es aprender artes y ciencias, reglas y verdades que nos pongan en expectativa de los otros asociados; todo el empeño de la sociedad está en proveerse de auxiliares y conservadores de sus conocimientos adquiridos, que los transmitan por medio de la enseñanza.

Las funciones de la vida de la sociedad corresponden a las necesidades por satisfacer; de ahí que en ciudades, aldeas y demás grupos sociales, tengamos todos los días a la vista, una porción de hechos iguales a sí mismo y que se repiten periódicamente.

Así en la ciudad, desde el alborar del día hasta la retirada definitiva a sus hogares, por la noche, en las horas de reposo, todos los habitantes, simultáneamente, realizan una porción de fines de la vida individual, y que muestran por sí mismos la naturalidad de las funciones a que esos actos corresponden. Mientras los unos abren sus talleres, y comienzan los otros las labores en sus campos, y las mujeres inician la hacienda de sus casas, y los sacerdotes religiosos entonan sus salmodias, y las escuelas reúnen su población escolar, y los tribunales de justicia se preparan a su obra y las oficinas del gobierno a la solicitud de los ciudadanos, y el congreso renueva sus hechos por el derecho, y el periodismo vigilante del bien o estimulante del mal, prepara sus armas defensivas, u ofensivas, de la Moral Social, y por las calles y plazas discurren los laboriosos y los ociosos, los maledicentes y difamadores, así, una y varias a la vez, unidad y múltiplo, individuo y género, parte y todo, consuma la sociedad urbana la labor de cada día.

El ser social, como el ser individual, ni más ni menos, vive de su trabajo; vive para fundar un orden colectivo que dé paz y seguridad a los bienes, a las personas y a la sociedad en general; vive tratando de adiestrarse en el manejo de todos los instru-

mentos materiales, intelectuales y morales que tiene a su disposición el ser humano para mejorarse y progresar; vive de su afán de orden moral, y con propósito de consagrar con actos, ritos y cultos regulados, la doctrina en que resume sus creencias; vive, por último, de su necesidad de asegurar el respeto material y la ayuda de la fuerza de conservación a todas las instituciones de orden civil y a la grande institución de la propia nacionalidad, constituida por el esfuerzo y el sacrificio ancestral de nuestros antepasados.

Tales son, en síntesis, los hechos fundamentales que pueden caracterizar los tres órdenes de ambientes. Puede decirse sin embargo que el ambiente de un organismo determinado, no es un todo inmutable, constituido por la suma de todas las condiciones objetivas y subjetivas, sino que está constituido por un número variable de objetos deseables o no deseables.

No es, entonces, aventurado decir que hay innumerables ambientes posibles a que puedan adaptarse los organismos. Puede decirse que todo organismo busca el ambiente en que hay un máximo y un mínimo de condiciones favorables y desfavorables; desea asegurarse bienestar y evitar males.

La diferencia entre la adaptación consciente y la instintiva al medio circundante, es que la primera evoluciona progresivamente, porque siendo los fenómenos conscientes, fenómenos reflexivos, el hombre puede condicionar los medios a los fines y obrar activa y conscientemente sobre las fuerzas del ambiente, mientras que los seres que obran instintivamente, se adaptan a las condiciones del medio por una ley de coordinación y finalidad refleja en sus movimientos, con ignorancia absoluta de los medios y de los fines.

Diremos, pues, que una evolución progresiva depende del poder de moverse de un ambiente a otro, evitando así el esfuerzo de la concurrencia.

Señores: El objeto principal de mi trabajo es ensayar la forma como debe introducirse en la teoría y práctica de la enseñan-

za, la técnica de una doctrina eminentemente positiva y práctica como lo es el evolucionismo biológico.

En este sentido, me atrevo a creer que no escapará a muchos de los que me escuchan lo difícil y escabroso de la tarea, a la que me atrevo sólo pensando que las generalizaciones científicas no son más que la experiencia vulgar metodizada y reducida a sistemas lógicos, como dice Augusto Comte.

En este sentido, la cuestión de los programas, de los métodos y de las aptitudes de los niños, quedan fuera del contenido de mi trabajo, lo cual puede ya definirse como un ensayo de vulgarización científica destinado a explicar la técnica de las doctrinas de la evolución aplicables a la enseñanza. Así, pues, no analizaré ningún aspecto particular de las cuestiones relativas a la educación, — recorro el camino de la síntesis al análisis, explicando el concepto de leyes más o menos generales.

Una doctrina científica es un conjunto de verdades generales, metódicamente conexas con un principio fundamental.

Los conceptos de una ciencia son más o menos generales según la extensión de las cosas comprendidas en los mismos y al explicar o definir cualquiera de ellos en el sentido lógico, desenvolvemos su connotación.

Así, pues, hacer la definición lógica de los conceptos de una doctrina científica, es hacer su connotación clara, y hacer una lógica división de los mismos, es exponer su denotación. La ciencia, dice Collins, es un resumen de la Filosofía de Spencer, es simplemente un desarrollo de orden superior del conocimiento vulgar.

Las interpretaciones, cada vez más profundas, de la naturaleza, que constituyen el progreso de las ciencias, no son otra cosa que sucesivas reducciones de verdades especiales a verdades más generales y de estas a otras todavía más generales. Toda generalización superior de la ciencia, envuelve y consolida las generalizaciones más restringidas de su sección. Puede decirse que la ciencia es el saber parcialmente unificado.

En síntesis, diremos que la ciencia puede definirse como un

conocimiento definido, por oposición al conocimiento indefinido, y la característica del progreso de la ciencia se halla en el incremento de su precisión, y la gradual conquista de esta precisión, que hoy la caracteriza, ha sido y es el rasgo dominante de su evolución. El progreso hacia lo indefinido es un fenómeno secundario.

La idea específica de la evolución, puede definirse diciendo que es un cambio de una homogeneidad indefinida e incoherente, a una heterogeneidad definida y coherente acompañado de disipación de movimiento y de integración de materia.

La doctrina de la evolución, con su ley fundamental de la selección natural, ha inspirado en el terreno de la Sociología las teorías sobre la selección orgánica, la de selección funcional, la de la herencia social, la del pensamiento colectivo o de la conciencia social, la de la lógica experimental y la del naturalismo en el método, según Marck Balwin.

Las leyes fundamentales del evolucionismo, en un sentido puramente vitalista, son:

1º. *Superproducción con variación.* La naturaleza produce gran número de individuos, en relación a los que son destinados a vivir.

2º. *Lucha por la existencia.* El efecto de la superproducción es una lucha o competencia entre los individuos.

3º. *Sobrevivencia de los más aptos.* Los que luchan con éxito son, por eso mismo, los más aptos para responder a las exigencias propias de su vida. Los otros, los menos aptos, son eliminados.

4º. *Herencia de los caracteres adquiridos.* Principio de Lamarck que completa la cadena de las cuatro leyes fundamentales. El principio de la herencia de los caracteres adquiridos es complementario de la ley de selección natural. Según esta, muchos seres vivientes sobreviven y propagan sus especies, mientras que otros de la misma especie no pueden sobrevivir ni propagarse.

Los que sobreviven parecen haber sido *seleccionados*, pero

naturalmente, sin intervención externa, o sin otra razón que el simple hecho de sobrevivir naturalmente cuando los otros mueren y de ahí la expresión de “selección natural”.

La teoría de Lamark supone, que, además de la selección natural, las fuerzas del medio ambiente obran sobre los individuos vivientes para modificarlos directamente, pero también que los animales pueden ser profundamente modificados por sus propios esfuerzos, por sus hábitos y sus actos durante su existencia individual, por el uso o la cesación de la actividad. Las dos formas de modificaciones se producen continuamente, pudiendo transmitirse hereditariamente de generación en generación; el resultado sería un cambio continuo en ciertas direcciones, cambio que con el tiempo produciría las diferencias considerables que se constatan entre las diversas especies. En esta teoría, el factor decisivo sería la *transmisión hereditaria*, al descendiente, de las modificaciones sufridas por los padres, transmisión sin la cual no habría acumulación posible de las modificaciones operadas en cada generación. A este principio se le llama el de “la herencia de los caracteres adquiridos”.

Señores: Al intentar aplicar las leyes del evolucionismo biológico a la Sociología y a la Moral, la crítica científica no hace más que aplicar a los fenómenos morales y sociales, que son también fenómenos vitales, los métodos de investigación positiva y experimental. Sobre esas leyes ha de fundarse la Pedagogía moderna, como una ciencia natural y práctica.

Investigar los elementos positivos que pueden aportar a las ciencias morales la Biología y Psicología, no es declararse partidario de lo que se llama Darwinismo absoluto, sino simplemente adoptar una doctrina como método de investigación. Así considerada una doctrina científica, sus principios no son axiomas absolutos, sino leyes relativas, que se integran con el contenido de muchas otras conquistas especiales del pensamiento humano.

Bajo este punto de vista crítico, filósofos como Espinas y Guyau, han sostenido que la verdadera ley social, y hasta la ver-

dadera ley vital en el orden humano, es la expansión generosa y pacífica de la vida, no la expansión violenta, y Durkeim, como Tarde, han insistido, como dice el ilustre Fouillé, sobre el papel de la división del trabajo, de la imitación y de la invención en la evolución social, en oposición a la dureza de un vitalismo puro.

Pero si se tiene en cuenta, dice Marck Baldwin, que la materia social, no es idéntica a la materia biológica, aunque se constituya por elementos biológicos, no es menos cierto que ella no es solamente vital, sino que es, además, mental, lo que está demostrado por el análisis de cualquier situación social, tendremos, entonces, que la aptitud de la vida en sociedad no puede medirse solamente por el valor físico, sino por el valor mental y moral.

El valor moral tiene sus fundamentos psicológicos en los fenómenos afectivos, de cuyas fuentes profundas se alimenta la Ética o ciencia de las costumbres.

No se podría concebir un orden social jurídicamente organizado, si los individuos que compusieran el ambiente social dentro del cual ese orden se normaliza, no tuvieran sentimientos sociales, como ser, el sentimiento del amor, de la caridad y de lo justo.

La Psicología es el fundamento de las ciencias sociales, y contiene entre sus partes la Psicología Social, llamada así porque ella tiene por objeto la acción recíproca de los dos factores humanos, el individuo y el grupo social.

La Psicología Social y la Sociología estudian fenómenos esencialmente idénticos, pero bajo dos puntos de vista diferentes, el de la experiencia individual y el de la experiencia o actividad colectiva. La Psicología Social busca lo que la evolución del espíritu en cada individuo debe al medio, al lugar y rol de cada uno en el orden social; la Sociología, por otra parte, estudia las tradiciones, costumbres, ritos, instituciones y, en general, todos los modos de organización social, que son el resultado de las experiencias comunes, tomadas colectivamente.

La Sociología trata de investigar las leyes según las cuales

se opera naturalmente el desenvolvimiento individual en la sociedad y la organización social de la raza. Puede afirmarse que la génesis de los fenómenos sociales está estrechamente vinculada a los progresos del individuo y de la sociedad — y para investigar el origen de la misma, nunca debe olvidarse que los fenómenos sociales, no son estrictamente biológicos, sino también psicológicos y sociológicos, o, mejor dicho, si es cierto que el individuo psíquico está sometido a leyes biológicas, de ello no se sigue que los procesos psicológicos y sociales estén sometidos a las mismas leyes, asimismo que las leyes o los hechos biológicos no puedan ser modificados de alguna manera, penetrando en el dominio de los factores psíquicos y sociales.

Los modos fundamentales de acción recíproca de los individuos en sociedad, o los modos de acción de un espíritu sobre otro, son la *sugestión*, la *imitación*, la *cohesión social*, la *rivalidad*, la *oposición*, hechos comunes en cierto modo a las ciencias biológicas y sociales, y que forman el *abstractum* elemental de la organización de la materia social, del modo de organización social y de la transmisión de las adquisiciones o del progreso social.

La materia social es distinta de la materia biológica.

HECTOR NOVILLO LINARES.
